



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Hewitson, Mark y D'Auria, Matthew (eds.): *Europe in Crisis. Intellectuals and the European Idea, 1917-1957*, Nueva York, Berghahn Books, 2012.

Boris Matías Grinchpun
Universidad de Buenos Aires
matiasgrinchpun@gmail.com

Desde hace unos años, hablar de “la crisis de Europa” se ha convertido prácticamente en un lugar común. La debacle financiera de 2008-9 y sus consecuencias han puesto en cuestión la solidez de un bloque regional que solía despertar la admiración y la envidia de observadores de otros países, para quienes la Unión Europea era el modelo por imitar. Dentro y fuera del Viejo Continente, las alabanzas han dado lugar a fuertes dudas sobre la continuidad de la prosperidad económica, la viabilidad de la cooperación política e, incluso, la existencia de una subyacente unidad cultural.

Como era de esperarse, los intelectuales no han permanecido ajenos a estos debates por lo cual la aparición de un libro llamado *Europe in Crisis* no sería un hecho azaroso. Su objeto de estudio, según declara el subtítulo, es la intrincada historia de los intelectuales y la “idea europea” entre 1917 y 1957. Sin embargo, como reza el célebre aforismo de Benedetto Croce, toda historia es en esencia una historia contemporánea, en tanto los estudiosos se aproximan al pasado buscando

respuestas a necesidades actuales.¹ La investigación de los avatares que condujeron a la creación de la Unión Europea podría brindar pistas sobre cómo protegerla de los cimbronazos actuales, pero también puntos de partida para repensar el rol que los intelectuales pueden (o, si se quiere, deben) asumir en ese escenario.

Los artículos recopilados en este volumen fueron originalmente presentados en la conferencia “Europa antes de la Comunidad Europea”, realizada bajo el auspicio del Centro de Estudios Europeos del University College London en diciembre de 2008. Mark Hewitson y Matthew d’Auria son miembros de dicho centro y se han encargado de las tareas de selección y edición. Tal vez la labor de Hewitson, especialista en historia política alemana, sea la más destacable, en tanto oficia de organizador de este trabajo colectivo. La “Introducción”, la “Conclusión” y las presentaciones de las cuatro partes en que el libro se divide son de su autoría, y se encarga en ellas de exponer las polémicas que sostiene con otras visiones de los orígenes del bloque regional.

Frente a especialistas como el politólogo alemán Ludger Kühnhardt,² que han presentado a 1945 como una “hora cero” de la integración europea, Hewitson plantea una visión de más largo aliento. La “hora cero” habría sido 1917, con inicio de la “Crisis de los Cuarenta Años”: entre esa fecha y la firma del Tratado de Roma, en 1957, Europa se desangró en las trincheras del frente occidental, intentó recuperar con escaso éxito la estabilidad económica, experimentó el surgimiento de regímenes autoritarios de diverso signo y se vio sacudida por una nueva y todavía más brutal contienda. El riesgo de que el Viejo Continente se viera irreparablemente desgarrado por estas tensiones habría motivado a muchos intelectuales a buscar caminos para evitar nuevos conflictos: fue así que surgieron diversos proyectos de integración, basados en la unidad cultural europea, en el imperativo de integración económica o en el federalismo.

El autor busca asimismo separarse de los análisis que denomina “federalistas”, los cuales “sostienen que los más pragmáticos impulsores del supranacionalismo accedieron al gobierno

1 Croce, Benedetto: *La Historia como Hazaña de la Libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 16: “Los requerimientos prácticos que laten bajo cada juicio histórico, dan a toda la historia el carácter de ‘historia contemporánea’ por lejanos en el tiempo que puedan parecer los hechos por ella referidos; la historia, en realidad, está en relación con las necesidades actuales y la situación presente en que vibran aquellos hechos”.

2 Kühnhard, Ludger (ed.): *Crises in European Integration: Challenge and Response, 1945-2005*, Oxford, Bergahn Books, 2009.

después de la Segunda Guerra Mundial, en parte como consecuencia del federalismo de los movimientos de resistencia", y de los "neofuncionalistas", que "asumen que los proyectos prácticos reemplazaron de manera creciente las ideas utópicas de integración" (p. 325).³ Poner el acento en los intelectuales permite descubrir una continuidad notable en el período: los temores de los europeos en los años 50 no habrían variado significativamente respecto de los que tenían tres décadas antes. La presencia de amenazas externas, la sensación de catástrofe, la crisis de confianza y la cuestión franco-alemana fueron tópicos recurrentes. Estas semejanzas se habrían visto oscurecidas, en pocas palabras, porque los primeros intentos de integración culminaron en un fracaso. Aún el ascenso de EE.UU. y la Unión Soviética al rango de superpotencias podría ser visto como una simple variación de grado, ya que ambas habrían actuado en ambas instancias como incentivos externos para la formación de un bloque regional.

La primera parte de la obra, sencillamente titulada "Prólogo", es un resumen de la historia de la integración europea durante la "Crisis de los Cuarenta Años". Es nuevamente Hewitson el encargado de esta síntesis, la cual combina los análisis propios de la historia intelectual con aportes de la historia de las relaciones internacionales. El resultado son dos capítulos que ponen bajo la lupa la extendida idea de que el lugar que los intelectuales ocuparon en este proceso fue marginal. Si bien sus proyectos sólo lograron plasmarse con dificultad y de forma indirecta, fueron ellos quienes intentaron brindar respuestas a cuestiones que dividían a las sociedades y los estadistas europeos de la época. ¿Había llegado a su fin la "edad dorada" del Viejo Continente? ¿Podía sostenerse todavía la noción de progreso? ¿O se había iniciado, por el contrario, un irremediable proceso de declive? ¿Eran las naciones y los nacionalismos los responsables de las guerras y los genocidios? Estas discusiones no habrían caído en saco roto, sino que habrían sido seguidas con atención por políticos de la talla de Aristide Briand, Gustav Stresemann y Winston Churchill, así como discutidas en la Europa ocupada por los miembros de la Resistencia.

Hewitson señala, no obstante, que la "cuestión europea" era en muchos casos secundaria. Siguiendo a Alan Milward, los principales pasos hacia la integración fueron dados por gobiernos

3 Las traducciones del inglés son nuestras.

que perseguían intereses estrictamente nacionales.⁴ Este fenómeno habría tenido su correlato en el campo intelectual, ya que las reflexiones también giraban en torno de marcos nacionales o globales antes que continentales. Podría preguntarse entonces, parafraseando a Antonio Gramsci, si Europa logró crear pensadores auténticamente europeos o si, por el contrario, fueron “reclutados” entre distintas experiencias y tradiciones nacionales.⁵

La segunda parte del libro, "Reimaginando el pasado", parecería respaldar la segunda opción: la mayoría de los intelectuales allí considerados son alemanes o están estrechamente vinculados con la cultura germana. Estos pensadores "sintieron que se enfrentaban con una decisión ominosa que podía no sólo traer un futuro radicalmente distinto, sino que también podía marcar el final de un pasado glorioso o, al menos, intachable" (p. 83). En consecuencia, habrían buscado en esa historia repleta de heroísmo las claves para regenerar un presente que veían como decadente.

Una de las más exitosas iniciativas por la integración de la Europa de entreguerras fue el movimiento *PanEuropa*. El Conde Richard von Coudenhove-Kalergi, su fundador y autor de un homónimo libro, habría logrado según Anita Prettenhaler-Ziegerhofer mover discusiones del ámbito de la diplomacia privada a la esfera pública. Su meta, los “Estados Unidos de Europa”, eran presentados como la única manera de resolver la rivalidad entre Francia y Alemania, evitar una nueva guerra, recuperar el crecimiento económico, mantener las colonias y alejar la amenaza bolchevique. A pesar de que sus ideas perdieron ascendiente en el mundo posterior a 1945, Coudenhove-Kalergi merece ser recuperado en tanto fue "un parteaguas en materia de procesos de unificación política en Europa desde el período de entreguerras. Después de todo, el presentó ideas de avanzada en su momento" (p. 106).

Dina Gusejnova señala que en muchos aspectos este conde bohemio no era excepcional. Por el contrario, él y otros nobles germanoparlantes, como Hermann Keyserling y Karl Anton Rohan, habrían vinculado la “decadencia de Europa” con la de su propia clase, abolida en buena parte de Europa Central y Oriental hacia 1918. Para estos pensadores, “europeo” habría sido sínó-

4 Milward, Alan S.: *The European Rescue of the Nation State*, Nueva York, Routledge, 2000.

5 Gramsci, Antonio: *Los Intelectuales y la Organización de la Cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984, p. 9.

nimo de “alemán” y “aristócrata”. El corolario de esta superposición de identidades era la evocación de un pasado supuestamente armónico debido a que el continente no se encontraba dividido en Estados-nacionales rivales y a la sabia dirección de las elites tradicionales.

Los siguientes tres capítulos desplazan el foco de atención hacia la llamada “Revolución Conservadora”, algo esperable por tratarse de una de las expresiones más relevantes del pensamiento de la derecha en el siglo XX. Jan Vermeiren se centra en el ensayista Rudolf Pannwitz, quien compartía con sus contemporáneos el entusiasmo por Friedrich Nietzsche y una visión crítica de la civilización europea. Sin embargo, se diferenciaba “por su europeísmo, promoviendo la abolición del Estado-nación alemán, un acercamiento con los eslavos de Europa Central, y el establecimiento de un ‘Imperium Europaeum’ como remedio para la decadencia y el materialismo de la época” (p. 135). Ese imperio debía modelarse a partir de la duradera monarquía de los Habsburgo, que habría logrado combinar orden con autonomía y pluralidad. Alemania, por su parte, debía abandonar el militarismo de la era guillermina y asumir su rol “natural” como mediadora entre el Este y el Oeste del “Imperium”.

La figura de Carl Schmitt, el exponente más conocido de la “Revolución Conservadora”, es visitada en los Capítulos 7 y 8. En el primero, Ionut Untea argumenta que Schmitt dedicó buena parte del período de Entreguerras a formular una nueva teoría de las relaciones internacionales. El primer paso habría sido dado con *Teoría Constitucional* (1928), donde presentó al Sacro Imperio Romano Germánico como la realización histórica más plena del ideal de unidad europea. Sin embargo, el Estado moderno autocontenido habría desafiado dos de los pilares de ese orden: la *potestas* del emperador y la *auctoritas* del papa. Ese desafío habría conducido a la construcción de una multiplicidad de soberanías alternativas que fragmentaron y disolvieron la *ecumene* imperial. Pero una importante lección podía extraerse de ese antecedente medieval: un Estado podía estar conformado por órdenes que cumplieran funciones diversas pero, en última instancia, complementarias. Esa colaboración estaría en la base de la teoría estatal presentada en *Estado, Movimiento, Pueblo* (1933): “*Staat* (administración) era la ‘parte políticamente estática’, *Bewegung* (movimiento) era ‘el elemento político dinámico’ y *Volk* era ‘el costado apolítico, creciendo bajo la protección y la sombra de decisiones políticas’” (p. 160). El nuevo tipo de Estado iría de la mano con una concep-

ción novedosa del espacio, que Schmitt denominaba con cierta incomodidad como *Grossraum*. Dentro de estas grandes formaciones territoriales podrían instaurarse Estados corporativos de inspiración neo-medieval, a través de los cuales podría recuperarse la unidad supuestamente perdida con el advenimiento de la modernidad.

Vittorio Cotesta agrega que Carl Schmitt no tenía una concepción inmanente de Europa, sino que la veía como una entidad en constante cambio como consecuencia de sus transformaciones espaciales. De particular interés habría sido el mar que, a diferencia de la tierra, se encontraba en permanente mutación y no podía ser apropiado de manera efectiva. Cotesta encuentra un paralelo interesante entre estos razonamientos, presentados en *El Nomos de la Tierra* (1950), y las ideas expuestas por el teólogo judío Franz Rosenzweig en *Globus*, otro ensayo sobre la historia de Europa escrito tres décadas antes. Más allá de las diferencias en sus premisas, ambos autores sugieren que la peculiar relación establecida por la civilización europea con la tierra y el mar explica que haya podido construir, hacia finales del siglo XV, el primer orden auténticamente global. Sin embargo, como los dos lamentaban, el dominio de ese orden habría pasado a otras manos en el siglo XX. Es en este punto donde resurgen las diferencias entre estos pensadores: mientras Rosenzweig se muestra optimista frente a una Europa que continuará ejerciendo su hegemonía cultural, Schmitt teme el “no orden” introducido por los EE.UU., los cuales habrían invertido la natural jerarquía de la política por sobre la economía.

El Capítulo 9 enriquece el panorama de esta sección al repasar la trayectoria del exiliado Jerzy Stempowski. Como otros miembros de la nobleza polaca, Stempowski habría abrazado con entusiasmo las ideas provenientes de Europa Occidental. Esa región habría actuado como el “laboratorio” de las novedades políticas y filosóficas de todo el mundo, luego trasplantadas de manera imperfecta a las atrasadas realidades orientales. La Segunda Guerra Mundial habría exacerbado el pesimismo de este intelectual, según señala Łukasz Mikołajewski: Europa había sido quebrada por la Unión Soviética y se encontraba a merced de unos EE.UU. que la habían dejado librada a su suerte en la Conferencia de Yalta. El laboratorio había perdido su vitalidad científica y artística, por lo cual “París se volvería pronto como Roma, una ciudad de famosos museos antes que un centro vibrante de arte vivo” (p. 188). En ese sombrío cuadro de dependencia, decadencia e indefensión, la experiencia del Este podía ser revalorizada: el área marginal se convertía en una zona de

intercambio cultural, caracterizada por su respeto a la tradición y la tolerancia.

La tercera parte, “Dándole un sentido al presente”, está dedicada a una de las consecuencias menos esperadas de la “Crisis de los Cuarenta Años”: la pervivencia de la confianza de los europeos en su civilización y en el lugar central que estaban llamados a ocupar. El criterio de organización de esta obra, que otorga centralidad a la noción de temporalidad, podría ser tributario del historiador alemán Reinhart Koselleck, quien diferenció los “espacios de experiencia”, en los cuales el pasado se hace presente de forma completa, de los “horizontes de expectativa”, en los cuales aparece un futuro fundamentalmente inasible.⁶ *Europe in Crisis* presentaría, entonces, tres “tiempos históricos”, resultados alternativos de las tensiones entre la experiencia y las expectativas.

“Visualizing Europe from 1900 to the 1950s” recorre las imágenes de Europa durante el período y encuentra una gran resistencia de la tradición iniciada en el siglo XVI. Durante la *belle époque*, las representaciones antropomórficas mostraban al Viejo Continente como una mujer sabia, culta y poderosa, mientras que el resto del mundo se encontraba marcado por su atraso, barbarie y exotismo. Esta autoimagen positiva sobrevivió a las masacres de Verdún y el Somme, fenómeno que Michael Wintle asocia con el crecimiento económico de los '20. El breve retorno de la prosperidad habría resucitado la confianza en los “valores europeos”, mientras que el mantenimiento de los imperios coloniales puso nuevamente sobre el tapete la “carga del hombre blanco”. La Segunda Guerra Mundial marcó el fin de ese optimismo y dejó a Europa en una situación de completa bancarrota cultural. Exhausta por los conflictos, debió pedir ayuda a los EE.UU. y afrontar la desintegración de sus imperios. Sin embargo, el boom económico de posguerra permitió tener perspectivas moderadamente optimistas sobre el futuro. Un porvenir que sería encargado, según mostraba la propaganda del Plan Marshall, por una Europa unida en su diversidad.

El Capítulo 11 tampoco hace hincapié en intelectuales, sino en una institución que buscó nuclearlos. El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (IICI) fue un intento de la Sociedad de las Naciones por promover actividades culturales y, por medio de ellas, la difusión de los valores universales de la Ilustración. Esta sería la trampa en la que habría caído el IICI: según plantea Annamaria Ducci, lo “universal” fue equiparado con lo europeo, lo cual redujo radicalmente

6 Koselleck, Reinhart: *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

sus posibilidades de proyección. De hecho, fue Francia la principal interesada en las actividades de esta organización, lo cual alienó a representantes de otras naciones. No obstante, iniciativas como el estudio de las “culturas populares”, la fundación de museos y la protección del patrimonio cultural serían retomadas durante la posguerra por la UNESCO. De hecho, la nueva organización “se estableció, desde el comienzo, en París y no en Nueva York, reafirmando así la continuidad ideal con su antecesora” (p. 238).

Un entusiasta colaborador del IICI fue el historiador holandés Johan Huizinga, quien se propuso en los años 30 superar las divisiones de Europa en el plano cultural. Los Países Bajos marcaban el camino a seguir, ya que por siglos habían absorbido las culturas de sus vecinos manteniéndose fieles al mismo tiempo a su propia identidad nacional. Los holandeses habrían dado muestras de patriotismo, un sentimiento legítimo y positivo que unía la adhesión a la propia nacionalidad con la aceptación de lo diferente. El nacionalismo sería, en pocas palabras, una exageración lamentable y agresiva del patriotismo. Anne-Isabelle Richard sostiene que muchas de estas ideas emanaban de una autopercepción de “lo holandés” común en la época, que asociaba ese país con una cultura de tolerancia y pragmatismo. Esto permitiría entender el rechazo de Huizinga por todo compromiso intelectual ajeno a “lo universal” y su apoyo a la política de neutralidad hasta la invasión alemana de 1940. No sería un caso excepcional: la historiadora concluye que para muchos miembros del IICI “el sostenimiento de una causa internacionalista (...) no resultaba automáticamente en el aplastamiento de la perspectiva nacional por la internacional. En todo caso, su internacionalismo consistió en la generalización de una cultura nacional particular” (p. 252).

Distinta fue la situación de Thomas y Heinrich Mann, quienes se plegaron a causas políticas concretas al punto de separarse como consecuencia de sus visiones opuestas de la Gran Guerra. Mientras el primero defendió la causa y la cultura alemanas, el segundo se pronunció a favor de la democracia y el pacifismo. Ernest Schonfield sigue de cerca la trayectoria de esta última figura, quien apoyó la República de Weimar y bregó durante el período de Entreguerras por un acuerdo entre Francia y Alemania que impidiera una nueva contienda. Para Mann el nacionalismo era un fantasma periódicamente agitado por los industriales franceses y alemanes, los únicos que podían beneficiarse con una nueva contienda. De todas maneras, Schonfield ve a Mann como un pensador ambiguo que atacaba a los capitalistas sin ser marxista, manifestaba opiniones contra-

rias a la democracia y exageraba la importaba de los intelectuales. Pero, en última instancia, no puede negarse que fue “una de las figuras culturales clave en preparar el camino de Alemania hacia la democracia y el federalismo europeo” (p. 268).

Los cursos sobre la historia de Europa dictados por Lucien Febvre en el Collège de France en 1944, semanas después de la liberación de París, son el objeto del trabajo de Vittorio Dini. El célebre co-fundador de *Annales* habría buscado ganar otro combate por la historia para la nueva escuela que representaba, pero también realizar una tarea fundamental para la cultura europea: tomar la idea de Europa y purificarla de los malentendidos y las confusiones producidas a lo largo del tiempo y, en particular, de las introducidas por el nazismo con su “Nuevo Orden”. Para Febvre, Europa era un proceso que había logrado unir elementos muy diversos, por lo cual podía reconocerse en ella una superposición de capas históricas. El origen no debía buscarse en acontecimientos políticos como batallas o reinados, sino en el plano ideal, en un momento en el que distintos grupos de personas relevantes de Occidente se reconocieron como parte de una identidad colectiva. A esta *mentalidad* europea habría seguido la organización política del continente. No obstante, el *mito europeo* debió competir contra el *mito nacional*, del cual los sujetos difícilmente podían escapar: todos nacían en naciones y se consideraban partes de ellas, por lo cual el fenómeno asumía una dimensión psicológica. Europa, concluía Febvre, era un concepto confuso, más aún en tiempo de crisis. A pesar de esa confusión, se imponía a los europeos la tarea de convertirse en “buenas parteras de la civilización” que “no esclavicen; no sometan por la fuerza. No asimilen. Ayuden a otros a expandirse” (p. 281).

La cuarta y última parte del libro, “Mirando al Futuro”, reúne a aquellos que decidieron rechazar el oscuro pasado de Europa y “romper con él mediante la remoción de las causas de la guerra y yendo más allá de los tradicionales conceptos de ‘nación’ y ‘estado’” con “varios planes internacionales, intergubernamentales, supranacionales y federales para el futuro de Europa” (p. 285). Este final se destaca por su brevedad (consta solamente de dos colaboraciones) y por centrarse en contextos nacionales poco explorados por la obra como el italiano y el británico.

Matthew D’Auria parte de las cartas publicadas hacia 1918 en el *Corriere della Sera* por *Junius*, seudónimo de Luigi Einaudi. El futuro *presidente profesor* arremetía contra el idealismo wilso-

niano por considerar que la “solución confederal” propuesta no garantizaría la paz. La guerra, para Einaudi, era una consecuencia de la anarquía del orden internacional, poblado por Estados independientes que no reconocían una autoridad superior. Este problema se habría agravado durante el siglo XIX, en tanto el crecimiento económico habría multiplicado las conexiones entre los países. La autonomía jurídico-política habría devenido algo tan ilusorio como pernicioso, y la guerra habría sido un intento por ajustar esa realidad de forma brutal. La paz sólo sería posible cuando los Estados delegaran su soberanía en una instancia superior y formaran una federación: partiendo de posiciones liberales, *Junius* sostenía que debía celebrarse “un pacto de asociación” que “pusiera los bienes de los miembros en común” y luego “un pacto de sujeción”, un acuerdo por el cual “todos los miembros renuncian a su derecho de usar la fuerza y aceptan la autoridad de una tercera parte superior” (p. 296). El plan de Einaudi ponía en el primer plano las ventajas económicas y políticas de la integración, pero ignoraba en buena medida el obstáculo presentado por las identidades culturales y nacionales. Sin embargo, sus ideas y su paso por el gobierno italiano le habrían permitido ejercer una influencia central en el movimiento federalista europeo.

Lord Lothian, funcionario imperial británico y promotor de la idea federalista luego de la Primera Guerra Mundial, es presentado por Michael Burgess como un ejemplo de las peculiares ramificaciones experimentadas por el federalismo. En efecto, Lothian habría tenido una importante repercusión en el Reino Unido cuando intentó traducir las soluciones ensayadas para los problemas imperiales a una escala europea. Pero también fue escuchado con atención fuera de su país por personas como Altiero Spinelli y Ernesto Rossi, autores en 1941 del Manifiesto de Ventotene. Sin embargo, Burgess señala que fue necesaria la Segunda Guerra Mundial para el triunfo del federalismo europeo. En primer lugar, porque la Resistencia se percibió a sí misma como la antecesora de una futura organización federal de Europa. En segundo lugar, porque más allá del fracaso político de la resistencia fueron los federalistas quienes hicieron posible la formación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero y la Comunidad Económica Europea. Los triunfos posteriores a 1945 no debían opacar, de todas maneras, que las principales ideas provenían del mundo de Entreguerras.

Al retomar las experiencias de intelectuales con diversos horizontes de temporalidad, *Europe in Crisis* ofrece una historia de la Unión Europea más extensa y multifacética que las conven-

cionales. Pero también incierta, porque la senda que va de 1917 a 1957 nunca aparece como algo necesario. El proceso asumió caracteres tan inesperados que sorprendieron a los intelectuales, cuyas opiniones iban en ocasiones totalmente a contracorriente de lo realizado. Sin embargo, sus ideas habrían generado el marco en el cual los políticos pudieran actuar. En ese sentido, *Europe in Crisis* parece pronunciarse, como Max Weber a principios de la “Crisis de los Cuarenta Años”, por un intelectual *científico* antes que por un *político*.